

BOLIVAR Y LA CULTURA

ALFONSO GARCIA ISAZA

**Escritor, Abogado U. P. B.
Profesor de EAFIT
Departamento de Universidades
Miembro de la
Academia Antioqueña de Historia**

La imagen más acusada de Bolívar es la del Libertador. Nadie que apenas haya oído mencionar su obra hazañosa dejará luego de recordarlo como tal, a cualquier edad, con cualquier grado de conocimientos, dentro de cualquier situación social o política en que actúe. Para todos, Bolívar equivale a Libertador con precisión matemática. Es la ecuación fundamental de nuestra historia. Todos los tiempos de nuestro devenir convergen en él necesariamente. Esa convicción universal, masiva e irrevocable y agradecida es su gloria, gloria imperecedera que empolla su eternidad en el corazón de todo hombre verdaderamente libre. Gloria que, por lo demás, está indisolublemente unida a la guerra. Si es el Libertador es también el guerrero por antonomasia. La libertad nació del partó guerrero. Así, con la gratitud va la admiración del héroe fulgurante en cientos de combates. Y eso, desde luego, no puede discutirse. Sin embargo, el estruendo, el esplendor, la plenitud volcánica de la guerra desdibujan si no borran, para el hombre común principalmente, las otras facetas que integran diamantidamente su genio. Es frecuente afirmar que a Bolívar no puede mirarse por un aspecto solamente. Es un poliedro cuyos lados de aislarse se menoscaba su iridiscencia y su integridad; tiene una fuerza de cohesión que reclama la total unidad de la figura y le da su espléndida luminosidad, esto es la cultura fusionada con el genio. Sin ella Bolívar carecería de la altísima significación que tiene en la Historia. El sociólogo, el estadista, el pensador, el periodista, el guerrero, el artista efectos son de un espíritu culto del cual brotaron prodigiosamente y los cohesionó con solidez tal que cada uno de ellos se explica en los otros. Su desempeño guerrero, por ejemplo, no dejaría de ser una brillante página de un prócer más si no estuviera inspirada y guiada por su pensamiento de sociólogo y estadista y éste, a su vez, sin el destello guerrero hubiera sido amplio tema de reflexión y estudio pero carecería de su especial magnitud si no se hubiese realizado creadoramente dentro de la faena bélica.

Bolívar y la cultura. He aquí un tema de los más importantes en el estudio del orbe bolivariano. Hagamos un intento para ensayar una visión general del mismo. Para ello acotemos el paisaje en dos tramos: Bolívar como fruto de la cultura, el primero, y el segundo, Bolívar como creador de la cultura, es decir, a través del hombre, del estadista y en su altura histórica.

Viniendo a lo primero: todo hombre es producto de un ámbito cultural tanto dentro del espacio como dentro del tiempo, qué duda cabe! Pertenecemos inevitablemente a una cultura que nos recibe, nos alimenta, nos sustenta y guía, le da validez a nuestras vidas, nos constituye como unidades significativas en el proceso humano y porque ello es así generalmente la amamos, la defendemos, la enriquecemos, la proyectamos y la prolongamos. O con anhelos urgentes de más o mejor cultura la rectificamos o la destruimos para crear otra. Pero de la cultura necesitamos no en alguna forma sino en toda forma. El hombre es por la cultura. Podemos entender que cualquiera que ella sea es un complejo, una urdimbre, un estado vital que el hombre crea y a su vez crea el hombre dentro de una sensibilidad, una orientación.

El hombre está impulsado a ascender hacia su perfección recreándose a sí mismo, dominando el cosmos. Dirigir todo hacia esa meta es lo propio de la cultura. Esa intencionalidad es su justificación así sea incipiente o espléndida.

Religión, filosofía, ciencia, arte, mundo jurídico, económico, modos de vida, costumbres, instituciones de ella viven y dentro de ella se ajustan, se integran orgánica y valorativamente. Podría afirmarse que es la circunstancia total del hombre elaborada o transformada por él mismo. Sin ella, deja de ser. Se ha dicho que "el hombre es historia". La frase de Dilthey está llena de significación humana. Pues bien, sin entrar por ahora a un minucioso deslinde y amojonamiento conceptual entre la una y la otra la afirmación de que el hombre es cultura en nada invalida la aseveración del filósofo. La historia, en último término, es cultura. Sin ésta no tendría ninguna valencia humana. La historia es la acción, el proceso, el ajuste, la asimilación de la cultura y ésta el ámbito de la historia. No pueden desligarse una de otra.

Los Bolívar estaban más que instalados, filiados entrañablemente dentro de una cultura de la que habían vivido y a la que servían con una fidelidad sin pausa, la española, esto es, un sentido trascendental de la existencia, un código de honor que la irriga altivamente, una fidelidad a lo suyo que raya en el heroísmo, una visión real del mundo en su grandeza, en su miseria y en su fugacidad de lo que provienen sus gestas de altura espiritual indeclinable, de misión histórica, de actitud ante la vida y ante la muerte colmada de señoría hidalgo y heroico, su maravillosa estética, su hondo pensamiento, su elevada poesía.

Más de dos siglos de arraigo de estos vascos en tierras de América y unas cuantas gotas de sangre aborígen por vía de la tatarabuela María Josefa, les dan su querencia terrígena, su sensibilidad y sutileza como afirma Masur. Se presenta en ellos una simbiosis de España y América. De ella vive tal vez sin mucha conciencia don Simón Bolívar y Palacios. Es él un fruto espontáneo de esa mezcla, de esa blenda que le afianzará su personalidad en el transcurso de los días adobada según las reglas españolas en que debía ser educado un niño de buena familia, como él lo dice, trabajada más tarde rusionadamente por don Simón Rodríguez. Por muchos aspectos Bolívar es el Emilio americano. Rodríguez más que políticamente lo formó para vivir con la naturaleza antes de los catorce años.

A los dieciséis viaja a Europa por primera vez. Sin mayor instrucción, educado más por el medio social en que se movía que académicamente, llega a España en donde el señorito de Caracas, el mantuano, sigue el mismo diapasón. Alta vida social, intrigas y devaneos cortesanos; por disposición de su paisano Mallo quien no se lo aguanta va a parar a las manos del marqués de Ustáriz. Es crucial el auspicio intelectual de este distinguido caraqueño, quien al inculcarle a Bolívar amor por la lectura dentro de su bien abastecida biblioteca, le abre el horizonte de la antigüedad clásica, de la ilustración y el romanticismo, como se deduce de una de sus cartas. Con anterioridad a Ustáriz, Bolívar había educado y formado su temperamento y su voluntad; con el marqués inicia propiamente su formación intelectual y especialmente política, por lo menos más seriamente. Que acrecentará y aquilatará posteriormente en París cuando lo visita en su segundo viaje a Europa una vez fallecida su esposa. Su prima Fanny du Villars, si le colma sus sentidos huérfanos de mujer, también lo pone en contacto con el alto mundo parisién. Puede codearse entonces con Humboldt, Bonpland, Gay-Lusac, Madame Stael y

y Madame Recamier pero seguía siendo un buenavida, elegante, señorial, valiente, bien plantado. Estaba hecho para seguir disfrutando de su status social y sin ser en ninguna forma un scholar, ni un refinado esteta su inteligencia, su sensibilidad y "su mundo" le daban una vocación de intelectual. Se daba cuenta, pues, en donde estaba parado, de la importancia del momento pero contemplaba el mundo como un espectáculo interesante dentro del cual se desenvolvía bizarramente pero sin compromiso de trascendencia. Aparece como satisfecho dentro de su errancia vital. Era, hasta cierto punto, un hombre culto pero para sí, sin ninguna proyección en favor de los demás que valiera la pena. El mismo lo reconoce cuando después de haber asistido a la coronación de Napoleón afirma que lo que lo maravilló fueron las aclamaciones y el interés que el nuevo César suscitaba, lo que lo despierta y "me hizo pensar en la esclavitud de mi propio país, y en la forma que ganaría quien lo liberase. Pero estaba muy lejos de imaginar que yo sería ese hombre".

El regreso a Venezuela en 1806 después de cuatro años de permanencia en el viejo mundo es fruto de su decisión revolucionaria, afirma Masur. Pero una resolución no del todo definitiva. Váse a San Mateo y si interviene en los movimientos revolucionarios lo hace al parecer en forma ocasional, blanda. Se afirma que pertenecía a un grupo extremista y triunfaron los moderados. El hecho es que su audacia, su rapidez, su decisión y su coraje no lo acompañan todavía como después en Cartagena y Barrancas en situaciones más difíciles.

Sus actuaciones en Venezuela antes de la caída de Emparán podían ser las de cualquier mozo alebrestado de alta sociedad que se siente obligado a realizarlas de acuerdo con el momento, conforme a la actualidad que se vive. Todo joven de pro debería estar actualizado dentro de la revolución. En cierta forma era la moda. No hay que descartar esta actitud psicológica en Bolívar. Cuando la ola revolucionaria lo lanza a su cresta como jefe de la misión diplomática de la incipiente república ante el Foreign Office ya es otra cosa. Sin embargo esa circunstancia nos indica la posibilidad de que pensara que la independencia podía conseguirse o precipitarse su conquista por medios diplomáticos. La presión que por los mismos días ejerce sobre Miranda para que lleve a cabo la guerra de liberación lo señala como un ejemplar promotor del movimiento emancipador pero no es el Libertador. Sólo cuando se halla dentro de la lucha armada y fracasan estruendosamente Miranda en la conducción de la campaña y él en la defensa de Puerto Cabello y la autoridad española le concede el pasaporte para cubrirle su fuga después de entregar a Miranda en un gesto acaso de traición, acaso de deslealtad, es cuando estrujado por las duras circunstancias se da cuenta que es él y no otro el llamado a realizar la hazaña portentosa. Es 1812. Cartagena de Indias y Barrancas asisten a esa epifanía. La de su genio. Lo que había aprendido a destajo, lo que había reflexionado a saltos, lo que había contemplado con interés pero sin que se le estremecieran sus fibras anímicas, todo eso aparece como una iluminación encendida por la poderosa energía del genio. Nacen repentinamente y completamente el orador, el escritor, el pensador, el periodista, el sociólogo, el jurista y el guerrero y el diplomático. Empieza a tener vida, a proyectarse lo que su cerebro y su voluntad consciente o inconscientemente habían procesado como un laboratorio de extraños filtros. Su educación inicial a trancos, la gimnasia de la voluntad a que le

sujetó Rodríguez, lecturas, ideas controvertidas en los salones de París, la historia escrita en los clásicos, la historia actual tatuada en hombres y hechos, regiones, plazas y monumentos sus personales observaciones sobre el nuevo mundo que nace y el viejo en ebullición revolucionaria forman una serie de conocimientos y experiencias que suplió una completa formación académica, de lo que supo aprovecharse con más destreza que la que tiene un buen bachiller actual sobre la cantidad de conocimientos que ha recibido superior a la que pudo tener Bolívar. Conocimientos y experiencias que le sirvieron más que todo como estímulos para su imaginación, para su capacidad creadora. Asimiló el talante de la cultura de la época y lo intuyó y esto a su vez, le fue propicio al genio. Podemos entender la cultura de fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX como centrada particularmente en el hombre. Era su exaltación. La técnica no había transformado todavía la vida individual y social del ser humano disminuyéndolo en gran parte, triturándolo masivamente. Y el mundo se nutría con el pensamiento revolucionario y Kant, Fichte, Hegel iniciaban la transformación filosófica. Gloriosa época, similar en mucho al siglo IV a. de Cristo.

Se vivía de las ideas, de las ideologías. La concepción económica, utilitaria, técnica de la existencia no las había desplazado. Libertad, igualdad, fraternidad constituían el marbete, la síntesis de la filosofía de la Revolución francesa, una decantación política y social de la cultura humanística, del pensamiento filosófico a partir de los griegos, con aire cristiano y en la que desembocaban de inmediato el iluminismo, la ilustración, el romanticismo político.

Estaban desapareciendo los absolutismos español y francés, los más representativos de esa forma omnipotente. El Estado en su concepción moderna apenas sí se iniciaba. El hombre se sentía autónomo y entendía como infalibles las voces de la naturaleza, y el poder que le recortara o desconociera los derechos que ella le confería era su enemigo. El genio de Bolívar casaba maravillosamente con esa postura antropocéntrica de la cultura de entonces. El proceso filosófico, científico o estético conducía inexorablemente a la total liberación del hombre. El Renacimiento, la Reforma, la ciencia galileana engendran el Romanticismo junto con la poderosa influencia de Rousseau "la más poderosa de las que se hayan ejercido sobre el espíritu humano después de Descartes" afirma Bergson. De un momento a otro el hombre se encuentra solo, descubriéndose a sí mismo, libre de formaleas religiosas, políticas, filosóficas, abandonado en su misterio y complejidad. La Revolución Francesa fue una expresión romántica en el campo político que lo transformó radicalmente. Si este alto grado de temperatura cultural y política quemaba a Europa, qué no podía suceder en América con su naturaleza física intacta, con sus gentes casi salvajes, inocentes, que clamaban por la libertad. Chateaubaiand, Saint-Pierre en su obra no hicieron sino pintar esa realidad, la más adecuada para la siembra del romanticismo y su revolución política, el movimiento más omnicomprensivo del hombre y de la sociedad, más totalizante de la cultura.

Bolívar es una transparencia fiel de esas realidades. No podemos desencajarlo de ese ámbito espiritual. Era el romántico por excelencia por su formación emiliana, por su errancia espiritual y social, por la sevicia con que el dolor lo trató desde los

días de su infancia hasta la hora de su muerte, por su ambición sin límites, por su bien probado amor a la libertad, por su imaginación fáustica. La guerra de liberación que él llevó a cabo tiene su mayor nobleza en el sentido humano que le imprimió. No fue una lucha de potencia a potencia política sino del hombre libre contra los poderes omnímodos. Cabe decir aquí lo de Unamuno: "Bolívar era un hombre que hacía la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad". Así, pues, por los ideales que atizaron la conflagración, por su exaltación heroica, y hasta por su desorden, por su radicalidad y sus riesgos de todo orden, la emancipación fue entrañablemente romántica como el hombre que la hizo.

En Bolívar convergen, pues, tres corrientes espirituales que la formaron. La española de cuyos valores, es bueno advertirlo, él no renegó. Su vida se movió sobre un fondo de trascendencia cristiana a pesar de sus ocasionales dislates volterianos, y está marcada, como es bien sabido, por el honor, por la hidalguía como también por su desprendimiento de manirroto, por su vocación aventurera, por su finísima vibración ante la gloria como también por su ejemplar capacidad para el dolor y el sacrificio. Francia con la revolución, el romanticismo y movilización de ideas lo avitualló mentalmente y le orientó su temperamento y carácter para su quehacer libertador. Y América que le marcó su vibratilidad y agudeza, su amor porque ya era de su entraña. Era un criollo auténtico.

¿E Inglaterra? ¿Qué influjo tuvo sobre Bolívar en cuanto a su personalidad? Una sola vez visitó a Londres como diplomático y hombre de mundo en una permanencia de pocos meses, cuando ya era un personaje importante. Sirvióle el estudio del gobierno inglés cuya Constitución "es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los Pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil". Admiraba su republicanismo y la consideraba como modelo para el goce de los derechos del hombre y para realizar la posible felicidad política. Con estos pensamientos expresados en el discurso de Angostura elaboró su discutido proyecto de la Constitución para Bolivia.

Ahora vengamos a lo segundo, o sea, Bolívar como creador de cultura en la manifestación de su pensamiento, en su acción como estadista y en su proyección universal como genio y como mito.

La profundidad del pensador, del ideólogo se percibe en su obra escrita, en su oratoria. Su clarividencia de sociólogo, por ejemplo, es especialmente aguda en muchos de sus planteamientos de la célebre carta de Jamaica. No es una nueva crónica de Indias sino un documento reflexivo, efecto de su preocupación por el destino del Nuevo Mundo y su capacidad de observación fuera de lo común. La realidad americana, las causas de su postración, el posible futuro de sus naciones, su idiosincrasia, están estudiados frecuentemente con acierto como el abandono en que las demás naciones dejaron a América en su lucha por la libertad, a este "pequeño género humano que somos, que poseemos un mundo aparte; cercado de dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. "Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas

a nuestro carácter, costumbres y luces actuales". "En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina". "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión, y riquezas que por su libertad y gloria". Conceptos estos confirmados por la historia como muchos otros del notable documento.

Creo que no se produjo durante la época revolucionaria de América un estudio de mayor preocupación, más dedicado al análisis de la realidad social de nuestros pueblos en sus varios aspectos, de más completa comprensión. Es la obra de una inteligencia inquieta que busca acertar en el diagnóstico de nuestras dolencias y de nuestro carácter y de encontrar la terapéutica adecuada. Bolívar se adelantó a la Sociología.

En el discurso ante el Congreso de Angostura en febrero de 1819 cuando no se había dado la primera batalla de trascendencia emancipadora delineó, forma el esquema de la organización del Estado. Habla entonces el político y el ideólogo y estadista que desdén la monarquía pero está, en cambio, inspirado por la estabilidad republicana del gobierno británico. Ningún otro tipo de gobierno lo sedujo más adecuándolo desde luego a nuestro medio y encuadrado dentro de la doctrina montesquieana. Con un fundamento sin el cual fallaría por la base. Esto es moral y luces; educación popular y un poder moral "sacado de la antigüedad, de las leyes que mantuvieron la virtud entre griegos y romanos". Sobre estas ideas elabora más tarde su proyecto de constitución para Bolivia. No es el momento de entrar a un análisis pormenorizado de los lineamientos y directrices de su utopía estatal. No hay que olvidar, eso sí, que por entonces apenas sí se estaba gestando el Estado moderno dentro de la agonía de monarquías absolutas. La democracia actual entre contradicciones y tropiezos, una democracia que aún hoy como afirma Harold Laski no ha encontrado sus formas óptimas, apenas sí balbuciría. Pero este sueño de Bolívar que bien puede calificarse de espléndido indicó fundamentos de moral y estabilidad aptos para cualquier tiempo. La utopía boliviana como la de Tomás Moro, como la de Campanella, como la de Comte, como la de Marx con ideales impracticables, a veces inhumanos, genera sin embargo, una fuerza transformadora de alta aspiración que si no logra su plenitud ayuda a rectificar los caminos de la humanidad.

Su pensamiento lo expuso en forma brillante y elocuente. Fue un grande escritor y orador. Son muchos los estudios que se han hecho a este respecto y que confirman la aseveración de que Bolívar hizo la independencia más con la pluma, con la palabra que con la espada. La palabra brotó de sus labios inspirada, aleccionadora, enérgica, premonitoria y profética. Era el orador, esto es el intérprete, el guía de la colectividad, el profeta de América irredenta que se identificaba con el alma de su pueblo. Clarividente, racional pero ante todo era combustión que transformábase en númen, en poder demiúrgico. "Vivió entre llamas y lo era". dijo José Martí sobre su vida y su inspiración. Las colectividades en pie de guerra, de renovación, de mística han sido conducidas por el grande orador antes que por

el guerrero. La espada de Bolívar se fraguó en la tempestad del pensamiento y la palabra. Sus proclamas guerreras apenas sí tienen par con las napoleónicas: fulgurantes, breves. En pocas palabras, sobre reducidos renglones levantaban de una vez el ánimo y hacían presente la victoria en el alma de los ejércitos antes de troquelarla a sangre y fuego.

El escritor en Bolívar delata su pasión creadora, su elocuencia pero también su elegancia y poesía. En el género epistolar y en los documentos públicos predominan el pensamiento, la vitalidad y la armonía, tres cualidades que hacen al escritor de alta temperatura. Fue, para muchos el mejor escritor de su tiempo en nuestro lenguaje. "Lo más alto de su época en lengua castellana", afirma Blanco Fombona y Baldomero Sanín Cano en carta de marzo de 1931 a nuestro filósofo Fernando González con motivo de la aparición de "Mi Simón Bolívar" le escribe: "Me ha sorprendido que yo no lo conociera sino muy superficialmente como escritor. Si ese hombre —Bolívar— se hubiera dedicado a las letras le habría dado a España y a Sud América lo que no tuvieron esas desgraciadas comarcas en la primera mitad del siglo XIX: un escritor de prosa. Jovellanos sabe a ropa almidonada y Larra con todo su talento literario no esconde su educación francesa y su inexperta juventud".

Es muy conocido su análisis crítico de la Oda del poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo que hizo Bolívar de manera tan acertada que el gran polígrafo Menéndez y Pelayo afirma "conservar tan buen sentido, después de haberse hecho árbitro de un continente, vale tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín". Así, pues, Bolívar estuvo presente como guerrero en más de cuatrocientos combates, pero su alma toda permanece en más de dos mil cartas y en cuántos documentos, proclamas y discursos? ¡Sabe Dios!

Orador, escritor y hasta periodista. Cómo olvidar su "Correo del Orinoco", donde escribían también los hombres cultos de su tiempo como Zea, Roscio, Peñalver, etc. en medio de la inmensidad de la selva, como "un poder intelectual y moral incontrastable frente al dominio colonial. . ." dice Uslar Pietri. Y todo ello en función de libertad. Es, pues, sumergido dentro del turbión revolucionario y guerrero donde se yergue de una vez y de un todo con inteligencia múltiple. ¿Acaso tuvo maestros, guías en un aprendizaje formal para transformar en maestría, ejemplaridad lo que era una predisposición a la cultura innata en el genio? No lo parece. Bástole lo que pudiéramos llamar el élan romántico, sus tradicionales lecturas, su concepción de la Historia Universal y Rousseau. Hay párrafos de sus escritos que podrían interpolarse en las obras del filósofo ginebrino sin desmedro alguno. Quizás Voltaire y Napoleón en sus proclamas pero ante todo su propio genio. Aquí también es el creador.

Pero es un prócer de la cultura además, por el impulso que le dio a la educación de los pueblos que él libertó. Esa fue una de sus más radicales preocupaciones como se deduce de la lectura de sus papeles de Estado y de su acción como hombre de gobierno. Como efectos de esa acción inmediata enunciemos algunos siguiendo a Néstor Botero G: En 1820 crea escuelas de primeras letras en todos los

pueblos destinadas para todos los niños inclusive indígenas y negros; en 1824 había creado la Universidad de Trujillo, en 1827 el seminario de Chuquisaca, en 1827 reorganiza la Universidad Central de Caracas, organiza la de Quito en donde ordena enseñar el lenguaje quechua y le concede al Colegio de Antioquia la facultad de enseñar jurisprudencia. Las primeras escuelas normales en todo el nuevo continente las funda en el Perú con la inmediata asesoría del sabio José Lancaster, crea la escuela de minas para Bolivia y en Guayaquil la escuela náutica e impone en Colombia y en el Perú la enseñanza primaria como obligatoria. En Urubamba convierte el convento de Recoletos en enseñanza pública, en Cuzco dispone que los hijos de los pudientes contribuyan a la educación de los pobres, allí mismo funda establecimientos educativos como en Caracas para las niñas. "Su educación, decía, es la base de la educación de las familias".

Tuvo vocación de maestro, quiso serlo. En 1825 en un documento suyo titulado "La instrucción Pública" no sólo propende por su importancia fundamental sino que da normas para modelar el espíritu, el corazón y la inteligencia, el lenguaje, la salud y la capacidad física de los educandos todo con gran sabiduría. Es famosa la carta que dirigió a los encargados de la educación de su sobrino Fernando Bolívar con indicaciones sobre su formación moral y en materias como geografía, cosmografía, ciencias exactas, estadística, ciencias del ingeniero, música, dibujo, derecho romano, el baile y comportamiento dentro de la sociedad culta. La educación para Bolívar no era un privilegio por eso la estableció para todas las capas sociales y la adecuó a las necesidades de cada país.

De esta suerte Bolívar no sólo era un hombre culto, un espécimen singular de inteligencia, y gentileza estética que se desbordaba en su vida personal, un sazonado fruto del pensamiento sino que con ese acopio espiritual hace su obra incommensurable. Redimió la libertad por medio de la cultura. Porque hay que entender que para Bolívar la libertad no era una facultad que por sí sola creaba lo demás. Es necesario ponerla al servicio del desarrollo del hombre y de los pueblos. Más que un fin absoluto es un instrumento que Dios le da al hombre para con él hacerse a sí mismo. Un hacerse que no se explica sino dentro de la cultura. "Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción" afirmaba. "Moral y luces" repite persistentemente en su discurso ante el Congreso de Angostura. "Moral y luces" es decir, —afirma Uslar Pietri— la realización cabal del hombre entero, o para decirlo con sus viejas y conmovedoras palabras, junto al saber y el poder, la virtud".

En la cultura, ya se dijo, el hombre asciende a su mayor altitud pero no es un almacenamiento sino que evoluciona en el dominio del cosmos, de sí mismo y de la historia. Por tanto busca la unidad. No puede ser el caos, es precisamente lo contrario: la claridad e integridad en el espíritu de una raza, de un pueblo, del hombre en general. La cultura, por tanto, no es individual ni ocasional, no puede serlo; es un proceso de desarrollo, una conquista que jamás será obra de un solo hombre por fundamental que sea su contribución a ella. Es claro, por ejemplo, que la era planetaria depende en alguna forma de la paleolítica y sin los descubrimientos elementales de ésta, aquella no hubiera llegado a esta cima y a este vérti-

go. Así como el hombre futuro no tendrá sentido alguno sin la evolución del acervo cultural actual. El hombre está hecho, pues, de la solidaridad cultural. Esto que se entiende desde el punto de vista universal, también se comprende en sus diversos compartimientos y zonas. Bolívar entendió esta exigencia de unidad, de identidad de solidaridad para América. Buscó su integración dentro de los parámetros culturales que a él lo conformaban en alguna forma, como lo hemos visto, por supuesto que tratando de adecuarlos a las realidades nuestras como tan a menudo lo predicaba: "Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas! Lo que consideraba tan sublime que será asombro para Europa. Así se expresaba en mensaje al Director Supremo de Chile en enero de 1822. Y en la carta de Jamaica su deseo más que otro alguno es "ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". En otra parte del mismo documento con la vehemencia propia de su genio afirma: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse. . ." y si dudó en un principio de poder llevar a la práctica este anhelo, algo más, no lo consideró posible por los "climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes que dividen a la América. . .", una vez consolidada en gran parte la libertad del continente lo ve factible y en él se empeña decididamente. En cierta forma delinea los fundamentos de lo que pudiéramos llamar la cosmovisión hispanoamericana, y esto es lo que le da, más que todo, dimensión ecuménica a su genio y a su obra. En el supuesto caso de que sólo se hubiera desempeñado como guerrero libertador no dejaría de ser un ejemplar humano de excelencia por la pasmosa energía y constancia de su voluntad, su caudalosa vitalidad e inteligencia pero la altura de su empeño en la perspectiva que a doscientos años de su nacimiento nos es dable contemplar quedaría reducida a la de otro glorificado eupátrida americano. Todos tuvieron la vocación de la libertad pero ninguno la realizó en forma tan humana y universal. La cultura en que se había formado le daba ese toque que lo hace inmune a los regionalismos egoístas, a las castas prepotentes, al provecho personal indebido que desluce tanta estampa histórica, dando campo a su amplia visión americana. La doctrina bolivariana para el Nuevo Mundo está hecha a nuestra medida de tal manera que en ella encontramos la marca de nuestro destino que todavía está en gran parte por hacer, pero que lo columbramos a través de su pensamiento profético. Por eso en Bolívar exaltamos lo mejor de nosotros en lo que somos y queremos ser. Esta consubstanciación entre el héroe y su pueblo lo ha transformado en mito, no como una omnipotencia fantasmal creada por el hombre como réplica a su limitación y pequeñez sino como símbolo de plenitud humana que sólo alcanzan pocos hombres pero que por su misma rotundidad guían e iluminan como con fuego sagrado e indeficiente al resto de los mortales. Es el mito que al igual que nos vivifica, despierta las más puras elaciones de fe, de admiración y amor cuya expresión alcanza su total vibración en el canto, en la plástica, en el pensamiento.

Más que superflua sería tarea larga, reseñar los innumerables libros, estudios,

investigaciones sobre su vida, su pensamiento y su acción; las páginas maestras escritas en su homenaje; la hermosa poesía que florece en su memoria; la estatuaría que repite indefinidamente su imagen en plazas y avenidas; la pintura que en palacios del Estado, edificios, museos, academias, centros sociales o ecómicos, aulas de enseñanza y en las casas ricas o modestas realza su rostro y sus hazañas y hasta la música, el canto, el cine lo rescatan de su quietud memoriosa para resucitarlo en la vitalidad de su armonía o de su luminosidad.

He aquí la parábola cultural de Simón Bolívar: hecho de cultura, creador de cultura, transfórmase a su vez en la cifra excelsa de nuestro destino vital que suscita la intensa reverberación de la idea y del arte.